

# ABANDONADOS

EN LA

MAR

Por A. S. H.

“Tripulación náufraga.— El capitán de la barca inglesa “Dee”, que fondeó esta mañana en nuestra bahía en viaje de Port Germain, comunicó que en latitud S. 48° 38' y longitud Oeste 141° 46' encontró a la barca inglesa “Cambrian Chieftain” tumbada por un temporal el 18 de abril y pudieron salvar una parte de la tripulación, a la señora del capitán y a dos niños. El capitán se quedó a bordo del buque tumbado con varios individuos de tripulación. El buque náufrago venía en viaje de Newcastle para Coquimbo con un cargamento de carbón”.

(“El Mercurio” de Valparaíso, 12 de mayo de 1894).

El escueto párrafo en que “El Mercurio” informaba a sus lectores de la tragedia de un velero en el océano austral —uno más en el abultado bitácora de naufragios de esa zona eternamente tormentosa— no daba los reales pormenores de la aventura de la barca británica “Cambrian Chieftain” y de la odisea vida por sus tripulantes.

El buque procedía de Newcastle, Nueva Gales del Sur, y conducía un cargamento de carbón de piedra con destino a los puertos de Coquimbo y Taltal. Iba al mando del capitán Hugh Thomas, quien, como muchos capitanes ingleses de veleros, llevaba a bordo a su mujer y a sus dos pequeños hijos. Abatida hacia el Sur por los continuos temporales y ya en la peligrosa latitud de los “Rugientes Cuarenta”, una súbita desestiba del carbón escoró la nave hasta hacerla besar el agua con la borda, mientras las olas barrían en rápida sucesión la inclinada cubierta y arrasaban con los botes salvavidas y con cuanto encontraban a su paso.

Premunidos de machetes y cuchillos los hombres subieron por alto y tras cortar la jarcia firme picaron los masteleros de trinquete y mayor en un supremo esfuerzo por adrizar la barca, mientras abajo se abrían las tapaescotillas y una legión de frenéticos tripulantes comenzaba a pallear el carbón, arriesgando inundar el buque con los golpes de mar.

En esos críticos momentos sonó en cubierta un grito de vida y esperanza: "¡buque a la vista por estribor!". Entre las olas se divisaba la arboladura de un velero que, a prudente distancia, facheó y se puso al paio.

Era la salvación.

O al menos así lo parecía. Subieron las banderas por las drizas y la "Cambrian", escorada y desmantelada, solicitó al recién llegado el envío de un bote para recoger a sus hombres. El velero que tan providencial aparición había hecho era la barca británica "Dee", su capitán Mr. Pope, el que de inmediato ordenó arriar una embarcación y solicitó voluntarios para tripularla. Cuatro mozones dieron un paso al frente y, al mando del segundo piloto, desabracaron y el bote dio comienzo a una lenta y peligrosa travesía hacia el buque en peligro que se divisaba a lo lejos. Ora desaparecía tras las crestas de las olas, ora se vislumbraban los cuatro bogas inclinados sobre los remos y el piloto a popa aferrando la caña, luchando bravamente contra el viento y la mar.

Al fin el bote llegó al costado de la "Cambrian" y empezó la tarea singularmente difícil de embarcar a los naufragos. Como la marejada no permitía atracar al buque, los hijos del capitán Thomas, y luego su mujer, fueron lanzados al agua provistos de salvavidas y amarrados al cabo que, a guisa de andarivel, se había tendido entre el bote y la barca. Rescatados con presteza e instalados en las bancadas, se siguió igual procedimiento con los pilotines y luego con los hombres de tripulación hasta completar el máximo de catorce que cabían en el bote.

Inicióse entonces el regreso a la "Dee". Si lenta había sido la travesía de ida, más lo fue la de vuelta, con la embarcación sobrecargada, haciendo agua y achicando incesantemente, temiendo a cada instante ser sepultados por las olas gigantescas que zarandeaban sin piedad la chalupa. Mas al fin consiguieron llegar sanos y salvos a la barca, en cuya cubierta los naufragos fueron acogidos con mano fraternal.

Faltaba el rescate del capitán Thomas y los restantes tripulantes de la "Cam-

brian". Se relevó la agotada dotación del bote salvavidas y la embarcación partió otra vez hacia la maltrecha barca, siempre al mando del segundo piloto.

Pero esta vez la suerte no había de sonreírles. Ante las miradas anhelantes y espantadas de las tripulaciones de ambos buques, una ola enorme sepultó en sus entrañas a la cáscara de nuez, sin que nada pudiera hacerse para salvar a los cinco heroicos nautas.

La era de la vela forjó hombres recios en sus actos y determinaciones. Después de recorrer toda la noche el lugar, disparando intermitentemente bengalas con la remota esperanza de recoger a alguno de sus muchachos, el capitán Pope, de la "Dee", puso al día siguiente proa al norte dejando abandonada a su suerte a la escorada "Cambrian Chieftain" con su capitán y el resto de la dotación. Nada podía hacer ya por ellos. No se habían presentado voluntarios para tripular otro bote, la tormenta continuaba con igual intensidad y debía velar por la seguridad y la vida de sus propios hombres.

Era la ley del mar, la dura ley de los tiempos de la vela. El capitán Pope había hecho cuanto le era posible y nadie podía reprocharle por no hacer más.

Si para los Hombres de la Vela el asunto terminaba ahí, medite el lector cuáles serían los sentimientos de la señora Thomas y sus hijos al alejarse de su marido y padre, dejándolo a merced de los elementos en una lucha desigual cuyo resultado debía ser, fatalmente, la muerte. Aunque la muerte no fuera —para el marino velero y sus mujeres— la deidad difusa y aterrante del hombre común, sino la constante compañera cuya necesaria y siempre obligada vecindad la hacía, si no deseada, siquiera menos temida.

Veintitrés días después la "Dee" entraba a Valparaíso para desembarcar a los salvados de la "Cambrian". Se ofrecieron preces por el descanso del alma de los tripulantes del bote y se rogó, asimismo, por el salvamento de los abandonados en la mar y por su salvación eterna en el evento, casi cierto, de que ya hubieran sido sepultados en el piélagos...

La vida continuó.

Los rescatados fueron enviados a Inglaterra en un vapor de la carrera. El capitán Pope y la dotación sobreviviente del malogrado bote salvavidas fueron agraciados con medallas de plata de salvamento de la Cámara de Comercio británica. La "Cambrian Chieftain" fue declarada definitivamente perdida y el Lloyd se decidió a pagar el seguro a sus armadores.

Y de pronto llegó a Londres, desde Chile, la espectacular noticia que conmovió al mundo marítimo, haciendo repicar alborozada la "Lutine Bell" del Lloyd y llevando la dicha a los espíritus de muchas mujeres y niños: ¡la "Cambrian Chieftain" había entrado a remolque al puerto de Coquimbo, con todos sus hombres sanos y salvos!

¿Qué había pasado?

Al perderse en lontananza la silueta de la "Dee", el capitán Thomas y sus hombres se dispusieron a luchar por sus vidas. Cortaron y echaron por la borda los restos de arboladura y cabullería y, amainada en parte la fuerza del temporal, continuaron la dura faena de estibar el carbón hasta que el buque quedó casi adrizado. Con un velamen de fortuna pusieron luego rumbo al Norte.

Casi tres meses después, el 16 de julio, avistaron la árida tierra del litoral septentrional de Chile. La corriente los llevó a la deriva hacia el Norte y al día siguiente los encontró el vapor alemán de la Kosmos "Osiris", que los tomó a remolque y esa misma tarde fondeaban en Coquimbo.

Caso extraordinario de esfuerzo, de tenacidad y de suerte. Sobre todo de esta última, ya que pueden contarse con los dedos de la mano los veleros que, en las condiciones de la barca de nuestra historia, lograron escapar a las garras de la muerte en las soledades del océano austral...

Así terminó la epopeya de la "Cambrian Chieftain". Fue reparada y reanudó normalmente sus derrotas a través de los siete mares, hasta terminar sus días en la década del 20 bajo el martillo de los desguazadores y con el nombre de "Dova Lisboa". La "Dee", en cambio, fue víctima de la guerra. En ruta de Mauritius a Bamburi (Australia), en lastre, fue interceptada el 30 de marzo de 1917 por el corsario alemán "Wolf" y hundida al cañón, luego de transbordar a su dotación y los pocos víveres que llevaba.

Cuentan los que allí estaban que la barca se fue a pique erecta, con las velas cazadas y los juanetes aleteando en blanca despedida...

### Creación Instintiva

Entre los pueblos primitivos, su creación es instintiva, porque carece de otros conocimientos, de otras sabidurías. Tejen lo mismo que los pájaros entrelazan sus nidos. Tienen el sentido de los materiales y los útiles que emplean y una definida percepción de su utilidad. Por eso sus barcos que se deslizan por las suaves corrientes que circulan entre sus islas son de una forma instintiva que es al mismo tiempo hermosa y eficaz.

(De nuestras lecturas)